

FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Enero 25.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 45.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO XVI.

*De las memorables aventuras del gran alambór
y del quitasól capaces por sí solas de componer
toda una historia.*

Los primeros purísimos rayos del sol de oriente herian ya las cimas de las ferradas torres del encantado Palacio cuando resonaba en el atrio el continuo manotear de los orgullosos brutos enjaezados y prontos á la marcha de los hospedados caballeros. Montó sobre Rocinante Don Quijote y Sancho al rucio; Don Lope con su hija y con su esposa partieron á la Corte sobre gallardos cordobeses; Don Lope á mas lejanas tierras dó determinado habia acabar sus desengaños y pesarosos dias.

Conque, apenas solos en la desierta y enredada senda que llevaban caballero y escudero, dijo este:

—Ahora, señor mio de mi ánima, es el decirme su merced á qué clase y condicion pertenezca esta nocturna aventura que hemos pasado, si á las de los batanes ó á las de Doña Rodríguez, pésia su casta.

A las necias pertenece, contestó Don Quijote; pues no hay necedad mayor que querer separar el alma del cuerpo del hombre sin matarle, ó del alma la conciencia de sus obligaciones y deberes; por donde ver han los descreídos la calidad de sus doctrinas por los frutos que ellas producen; y cuantas conduzcan al suicidio, al asesinato, á la melancolía y al egoismo no hay para que decir en donde nazcan.

No es del olmo dar peras, dijo Sancho; y alegrías naturales frutos son de buenas almas; ni sé como haya en el mundo palacios tales.

—Caeríanse solos ellos, repuso Don Quijote, si no les sostuvieran ó la maldad, ó la ignorancia, ó la temera-

ria curiosidad de quien puede deshacerlos; y las oscuras raíces les sustentan con muy grave detrimento de las costumbres, y las leyes. Mas; ¿por dónde, Sancho, te anduviste gran parte de esta noche?

—Piensando bestias y pensando casos anduve, contestó Sancho; y ayudando á que se curase la hija del Señor Don Lope de sus heridas, que eran muchas y malas, al decir de los entendidos maestros de la casa; de la cual sé decir como no hay medio de averiguar qué gentes ni cuantas en ella habiten y entren y salgan, pues así ensancha y estrecha como esponja.

—Pues dias há, y esto te encargo, continuó Don Quijote, que es grande mi deseo de saber el fin y cabo de tu procuracion, que no me digiste, y el tu pensar de las gentes de estos tiempos que me hace mucho al caso; dado que no hay tal aroma como este natural que las campiñas producen, ni tan verdadera salud cual la de los sencillos y humildes corazones.

—De eso último que su merced me pregunta, pues de lo otro ya no me acuerdo, solo podré decir como estas gentes no han peso, señor Don Quijote, respondió Sancho; y quiébranse las cabezas en niñerías; pues no hay tal niño pensar cual adelante no mirar, y equivocar el gran salon con el pasadizo; y así es el su vivir cual si acabaran con su muerte, y tal su procurar sus lujos y provechos cual si tesoro de tesoros no fuera el tiempo; y repartióse la mar é hízose sal.

—¿Y de tu procuracion? continuó Don Quijote.

—No hay hablar de eso, dijo Sancho; que agora cuentan votos mas no les pesan; y todo se va en artimañas y sus artificios; y quien aprender quiera á orar que bogue en alta mar, y quien bien tiene y mal desea vaya y viva en la galea, y quien no dá ñudo pierde punto.

—Admirábame como no habias ya encajado siquiera media docena de refranes, dijo Don Quijote, con que todo lo atropellas.

—Y burlador de burlador cien dias

de perdon, continuó Sancho; y cuando uno quiere dos no barajan; y quien tropieza y no cae eso su paso añade; y quien adelante no cata atrás se falla.

No respondió cosa alguna Don Quijote por haber observado, en cuanto la senda que llevaba llegó á dar á un largo camino y espacioso, como venia por medio de él un gran jumento cargado con tres espantables redondos bultos y el conductor del asno con otro no mas mermado, amen de mil mas menudos adminículos. Y dijo:

—A fé mia, Sancho, que no se qué pensar de ese viandante que tan extraños ruidos, meneos y carga trae y tal enjambre de raras menudencias.

—Por vida de mi aguelo, contestó Sancho, que en todos los mis dias no me supe encontrar mas abultada y gruñidora carga cual la que ese pecador y la su bestia traen la cuesta abajo, y que el jumento cargado por la su paciencia vale un mundo.

En esto llegó el pasajero adonde esperando estaba Don Quijote, y dijo el caballero:

—Buen hombre, paráos, y detenéd esa vuestra anonadada bestia por los endiablados bultos que soporta bajo la sábana colgante, y decidme á dó vais, cual es vuestro designio, y qué pomposo cargamento ó qué satanases mugidores aportades.

Detuvo su bestia el pasajero, suspenso al advertir y observar la estampa de Don Quijote, y turbado un tanto, contestó en language extraño:

—Soy extranjero, venido á España para vender mi hacienda, sin que haya sido jamás mi intencion la de ofender á nadie; por lo que suplico á su merced me deje caminar tranquilo la cuesta abajo para mas presto llegar al cercano pueblo, que mas no ocurre.

—¿Qué hacienda es, pues, esa vuestra? insistió Don Quijote.

—Tal que por otra alguna no la trocara, contestó el de los bultos; y á fé que bien sé lo que me traigo.

—¿Y qué diablos trae ruidosos? replicó ya malhumorado Don Quijote.

—Esos que conduce el asno, dijo el

pasajero, son tres bombos, así como el que voy llevando acuestas, bien que no tan grandes; y en los sacos, vienen chinescos, pitos, reclamos y flautines, y legítimos platillos de Constantinopla.

—¡Por San Jorge! exclamó asombrado Don Quijote, ¡pesa mí si os entendí una sola palabra! ¡y á sataná encomiendo vuestra carga! Ahora, tú Sancho, descorre al punto esa cortina, ó manto encubridor de este encantamiento, y vé sacando uno á uno de los costales esos trastos á luz de claro día.

El pasajero, atemorizado por la sanuda faz y las armas de Don Quijote, y por evitar mayor tardanza, fué mostrando los objetos de su comercio, que parecieron en gran manera extraños al caballero, que al cabo exclamó:

—En verdad, señor extranjero, que lo es mucho ese vuestro cargamento y ageno á las gentes de mi patria; ni sé como de él acerteis vos á sacar tal provecho como digisteis.

—Sabreis, señor, dijo el caminante, como desde que todo hombre ha su voz y su voto en todo y para todo, y los caudales ocupan altos puestos y tantas cosas en junto bullen y diariamente se revuelven, y tanta es la sed de haber y la necesidad tan grande en todas partes, no hay humano medio de hacer y llevar á cabo cosa alguna sin llamar la atención y detener la corriente y barullo de la gritería, ó hacer un ruido mayor que el diario y comun ruido; para lo cual se han inventado estos instrumentos sonoros que trae mi jumento.

—Y también es de añadir, interrumpió Sancho, como no hay carga á asnos mejor y mas apropiada que la de su merced y su pollino.

—Su merced pica harto en lo bellaco, dijo el pasajero, por lo que aparece.

—No lo lleve á mal el compadre, dijo Sancho, sino que para trompeta no hay como el asno; sobre que no hay sabio ni prudente que rebuzne.

—¿Y cómo es el usar de tanto instrumento? preguntó Don Quijote gravemente.

—Pues no hay comenzar ya de asunto alguno, prosiguió el viandante, sin su bombo; bien entendido que sin tal menester no hay pensar sacar provecho. Añada ahora su señoría la comodidad del instrumento ahorrador de los pulmones, como todos los otros que dispuestos al mismo fin traigo en compañía, y catará si el mi comercio es parvulito. Y déjeme su señoría caminar, que llevo prisa.

—Si será, continuó pacíficamente Don Quijote; mas despues que el señor pasajero me conteste, ¿cómo es hacer las gentes caso de tan huecos sonidos trastornadores de cabezas?

—¡Toma con el buen hombre! respondió el pasajero; ¡como que son tantos los que juzgar sepan y puedan por sí mismos! La música, señor mio, de la aldea es y será la gaita con tal de acompañarse de atambores. Y esperen que vuelvo.

—Con todo eso, dijo Don Quijote, es de hacerse puntual experiencia de los menesteres del retablo de su merced, y esto sin remedio.

—¿Pues no observa su señoría como ese es largo cuento y ha menester menos prisa y mas espacio que el que ahora tengo? contestó el extranjero.

—Llévelo en paciencia el buen compadre, dijo Sancho, y ganar há no poco, pues que se las há con caballero de aventuras.

El pasajero, mohino y murmurando, sacó de un su costal un morrion de cobre, al cual ajustó un chinesco, y púsosele graciosamente en la cabeza; atóse al pescuezo un collar de pitos que resonáran al soplo de los lábios; añadió á sus rodillas dos orientales platillos y á los codos castañuelas, y á las gargantas de los pies panderos con sonajas, llevando, ante todo el bombo por delante que sostenía y golpeaba con las manos.

Atónitos Sancho y Don Quijote contemplaban los estupendos arreos del extranjero; mas así que él comenzó su festividad danzando, brincando, tiritando y contrahaciéndose y estirándose como tocado de baile de San Vito, produciendo tal conjunto de ruidos y sonidos que no había modo de llevarlos en sufrimiento, ni aun las bestias mismas podían aguantarlos, huyeron espantados el rucio y Rocinante, sin recurso humano á detenerlos. Y sucedió que el jumento del extranjero caminante, llevado de imitación y de querencia, (circunstancias que tanto pueden en el mundo) se diese repentino á galopar la cuesta abajo, y molestado por la balumba y ruidos sordos de la carga comenzase á corcovos y saltos de carnero, á fuerza de los cuales hubo de desatarse uno de los bombos, que rodando á mas rodar, alcanzó por fin los posteriores perfiles de Rocinante. Fiel y leal á mas no poder era el caballo, y acreditado lo tenía, mas á tales rigores de los hados no hay sujetar bestias; y así la tan probada y pacífica del caballero, al sentir el inesperado y continuo roza-

miento, deshízose en coces y respingos que dieron por los suelos con Don Quijote. Sancho tiraba echado atrás del cabestro del rucio sin lograr detenerle, mas, perdido el equilibrio en la carrera, dió consigo en tierra sin haber poder á remediarlo.

Corría á su vez el extranjero tras su hacienda, que en tan grave y marcado desconcierto y peligro veía en el profundo dolor de sus entrañas, dejando allá el penacho, acullá el pandero, y aquí y allí y por donde quiera pedazos y restos del gran atambor y el collar de los pitos, que era compasión solo el advertirlo, cuanto mas meditarlo; hasta que consiguió alcanzar su cabalgadura harto lejos del sitio y lugar malaventurados de su rara contradanza.

—¡Para mi santiguada! exclamó Sancho boca arriba, ¡y qué música es la del gran atambor que no pueden sufrir ni aun las mansas bestias!

Don Quijote empero exclamaba; de estas, que no de otras son de bombos las fazañas, que es derribar caballeros y escuderos sin batalla en campo noble.

Y una vez llegado Sancho á su señor, dijo Don Quijote:

—En toda verdad, Sancho, que jamás pensé, ni me ocurrió, que tantos y tan varios instrumentos pudiese á la vez tañer un solo individuo; que es cosa de asombro.

—Y bailando él además, repuso Sancho.

—Otra estimable razon en mi favor, añadió Don Quijote; ni es de perdonar á Rocinante su demasía.

—No hay demasías aquí, replicó Sancho; ¡ni que su merced se hiciera en trance semejante!

—¿Y el atambor? preguntó Don Quijote.

—Lleváronle los diablos á fuerza de coces, contestó Sancho; y vayan atambores ó rocinantes.

—Hablaste como bueno, dijo Don Quijote, y agora ayuda que me levante que me siento contrahecho de la caída.

—También caí yo de mi asno, dijo Sancho.

—Gran cosa es esa y de provecho mucho, respondió Don Quijote.

—Ya le entiendo á su merced, repuso Sancho, mas caídas hay de caídas y asnos de asnos.

—Muchos hay, en efecto, de ellas y ellos, añadió Don Quijote, y unas sanan y otras muelen. Y lo interesante es acorrer al desvalido; digo, que vayas agora recogiendo esa desparra-

mada hacienda del tañedor que yace por todo este campo.

—Sí haría, dijo Sancho; mas dejarlo ha su merced, que á tal mercadería tal paradero.

—Vaya así en gracia, contestó Don Quijote, que alguna vez son de estimar escuderiles consejos.

Y continuaron amo y servidor su camino adelante, sin mas atender á las resultas de la inopinada aventura. Y dijo Don Quijote:

—Recordar quiero en este instante como anduviste navegando los aéreos espacios, sin que hayamos tenido aún el necesario para que dieses cuenta y razon de la mas levantada y excelsa de todas las aventuras que corriste.

—Es así la verdad, contestó Sancho, que mas fué el rodar por la tierra que navegar los cielos; mas una vez de esto vale por mil de aquello otro.

—Convengo en ello, respondió sedadamente Don Quijote; y ahora cuéntame cuanto viste por lo alto y qué tal le fué al tu rucio.

—De eso último nada hay que contar, contestó Sancho; que para subir tranquilos no hay como los asnos. Y así como yo iba del todo confuso y mareado, del rucio fué el echarse buenamente en su cama que de paja le hicieron los fantasmas, de la cual él se dió á comer cual si fuera en establo de gran caballere muy bien alojado.

—Caiste, pues, en manos de fantasmas, exclamó Don Quijote.

—Ellas son las que solamente subir hacen por los vientos, dijo Sancho.

—Ya; dijo Don Quijote; y cómo fué todo eso?

—Haciendo el su oficio los que juzgaron ser mis burladores; que hay sobrepuestos trages aun mejores que los propios.

—También es eso cierto, añadió Don Quijote; y así es gran medio de conocer á hombres el estudiar cual es debido su trage, aspecto y marcha; y los suyos han la vanidad, la altivez, el orgullo y la soberbia cual la magnanimidad y la pobreza del espíritu; la virtud y la licencia. ¿Y quién fué el que te subió y te tuvo en lo alto?

—El humo solamente, contestó Sancho; y crearme há la su merced que no hay tal subir como el del humo, sobre todo si dan en calentarle.

—No fué, pues, gigante el que te paseó por la region de los vientos? dijo Don Quijote.

—No sino un vejigón de papel inflado, dijo Sancho.

—Ahora me explico bien, prosiguió

Don Quijote, el no haber topado yo hueso ni parte alguna interior de vientre humano en aquel del gigante que deshice con el designio de salvarte.

—Digo que allí no hubo gigante ni por pienso, repuso Sancho; sino que las infladas, vejigas y pintadas, al estar en lo alto lo parecen.

—Con todo eso, insistió Don Quijote, yo ví como bajó á la tierra el jayán que osado te llevaba en cuanto que á él llegaron las mis imprecaciones y el mi reto.

—No hay reto que valga, repuso Sancho, sino que el andar en lo alto es propio de astros solamente; y el enfriarse del humo es dar en tierra.

—Y verías bien la Luna, y muy á tu sabor? continuó Don Quijote.

—No parece sino que su merced se anda trasnochado, respondió Sancho; pues, sepa, señor mio, que para no ver no hay nada mejor que subirse muy alto.

—¿Qué anonadado me dejan tus palabras! exclamó Don Quijote; ¡esperaba yo de tí noticias grandes del cielo que caminaste!

—No es tal, replicó Sancho, que para saber de eso el caso no es subir, sino que el bajarse mucho es necesario.

—Concedo que tal te haya pasado ahora como lo dices, insistió Don Quijote; pero no negaras como en tu antiguo volar en alas de Clavileño, viste muy bien los tamaños de la tierra y de los hombres, así como los diversos y pintorescos colores de las Siete Cabrillas.

—Debió ser aquello, repuso Sancho, efecto de la dureza de los lomos del caballo; que el dolor hace ver las estrellas, aun en medio del día, segun su merced pudo probarlo. Además, que para bien hacer no hay como hacer dos veces.

—Eso sí, exclamó Don Quijote, en las mas de las cosas, buenas que sean; mas róeme el alma el pensar como anduviste por fantasmas manoseado y encajonado sin avisarme á su oportuno tiempo, como debieras haberlo verificado sin demora. Y hubieses visto adonde se iban los hechizos. Y bien te hallaras en tus procuraciones.

—No hay tal procurar como el buen ejemplo, dijo Sancho; y bien procura quien bien hace, sin mas cabriolas ni zapatetas.

—También recuerdo haberte oído, repuso Don Quijote, que no hay tan sabroso placer como el mandar, si quiera sea tan solo un ható de ovejas.

—Van los tiempos con sus vientos, dijo Sancho; y agora el mandar no está de novio, ni el alcacer para zampoñas; y una vez burlan al perro macho; y tornáos al vuestro menester, que zapatero solíades ser, y no fijo-dalgo; y allá van leyes dō quieren gentes.

—Eso no, exclamó Don Quijote, que gentes no son dioses; y así es ellas reunirse como haberse de nombrar y obedecer á una cabeza, que es la autoridad personificada; por lo cual tienen los pueblos magistrados, los buques capitanes y almirantes las escuadras; caudillos los ejércitos y los generales banderas y pendones, y toda la nacion há supremo imperante, ser moral y material al mismo tiempo, pues es principio de unidad personificado, y unidad, variedad, dentro de ella, y armonía, fundamento son del orbe. Y el hombre há su cabeza.

—Pues cuente su merced, repuso Sancho, con que á la de ese orbe se suben, como es el acontecer á cada hombre en cada día, todos los pecados capitales, y sabrá lo que pasa ya en la tierra. Y los pecados son representados por tropeles diversos de gentes amaestradas.

—Aquí pues de la divina ley; exclamó Don Quijote.

—Agora si que cogido le tengo á su merced, dijo Sancho, pues que no es ese el caso, sino que dicen como todo se ha de hacer y pensar sin contar con ella.

—Esa, sobre desalmada, es supina ignorancia y suplicio de Danáides, dijo Don Quijote; ni el ser gran varon al hombre escusa de tomar el alimento necesario; que le hay del alma y del cuerpo.

—¿Qué son esas liláilas que dijo su merced? preguntó Sancho.

—Nō dige liláilas sino Danáides, ó hijas de Dánao, contestó Don Quijote.

—Y qué hicieron esas hijas de sus pecados? insistió Sancho.

—Matar á sus esposos por consejo del oráculo, dijo Don Quijote; por lo cual fueron echadas al infierno y condenadas perpétuamente á llenar de agua una tinaja sin suelo.

—¿Por mi padre, dijo Sancho, y que vienen aquí agora esas hijas y esas tinajas como de molde! ¡Pues digo y si tienen que hacer agora aquellas pecadoras!

—Y ese es suplicio igualmente de todo soberbio, dijo Don Quijote.

—Eso creo yo muy bien, añadió Sancho; pues no hay hojica ni pajilla qué no se mueva por especial providencia

de los cielos. Y de sabios son piedades.

—Sin remedio, añadió Don Quijote, pues es la sabiduría el conocimiento verdadero de las cosas, y la verdad del Cielo emana; ni ha el hombre fuerzas bastantes á encontrarla, cual no la halló jamás academia alguna. Y á mas soberbias mas errores, y á mayores impíos talentos mas maldades; que es ley de andante Caballería.

Aquí iba la conversacion del amo y del criado, cuando al doblar del camino por causa de la roca que le demarcaba vieron venir á toda carrera desahorada á un averiado sugeto mal montado en corcel espantadizo. Buitre alado parecia mas que hombre por lo largo y pelado del su cuello cuanto por sus extendidas extremidades; pues las contorsiones y raras cortesías no habian fin ni cuento; en resolucion, él venia casi por los aires, doblándose cual muelle, dejándose perder la montera y el sayo, la alforja y manta cual muy mal avenido con toda su hacienda. Y mas atrás venia así bien caballero en dromedario mas que en mula andariega una grave y abultadísima persona, ámpliamente aderezada cuanto güarecida bajo un inacabable quitasol encarnado. El sol cierto arreciaba.

Don Quijote, como experimentado y prevenido andante, entreviendo en aquel trance fullería, la lanza en ristre y encorvado adelante el cuerpo todo, partiendo á galope, el rostro echando chispas, fuese contra el pájaro espantado gritando cual energúmeno.

—¡Alto ahí el malandrín y mal andante que de suerte tal repugna la franca liza y la campal contienda! ¡Alto digo, el cobarde y mal nacido, que es mengua y desdicha miedo y pavor tal miserables!

Y sin mas ni menos preámbulo, embistió al fugitivo con toda la fuerza y poder de la repentina su carrera, que si el acometido no se dejara caer del caballo abajo como rayo, pésima fuera para él la locura de Don Quijote.

Sancho, que pronto habia echado de ver la realidad de todo aquel caso, apeándose, y luego pateando y mesándose el cabello decia:

—¡Qué es lo que su merced va hacer, y mal haya la madre que le parió y á toda la andante caballería! ¡Pues no ve, pecador soy yo á Dios, que si ese buen hombre camina con tal prisa no es sino muy mas á su disgusto que al de su merced, y no son del su placer semejantes sus danzas y corcovos!

¡Pues y qué no diera él por andarse mas despacio!

Y en cuanto Don Quijote volvió del ímpetu de su carrera adonde yacia el derribado, puesta la punta de la lanza casi en el rostro del caído exclamó:

—Dese por vencido, rendido y rematado el sándio y el cobarde, y confiese aquí como la señora Dulcinea del Toboso es la mas hermosa dama del Universo.

—Confesarme bien vendria, exclamó en voz contrita el desventurado caído, pues no creo tener costilla sana en todo mi cuerpo.

—No es eso, Malambruno, gritó Don Quijote; que la confesion que os pido es civil de ley de caballería, que non puedo aquella otra sacratísima que va por via de sacramento.

—¿Y qué es lo que se ha de hacer de esa señora que manifestásteis? dijo el derribado.

—Declararla la mas alta y agraciada criatura, respondió Don Quijote.

—Digo, si no es mas, contestó el averiado, que confieso todo lo confesable, y tambien que no lo entiendo.

—¡Para vos estaba tanto! contestó Don Quijote; y agora facedme juramento de no moveros de esa vuestra tumba y fuesa, fasta que yo vuelva de desbaratar á aquel voluminoso señor, que muy bien pudo tener su parte en vuestro descalabro.

Y veloz cual pensamiento partió Don Quijote contra el caballero del quitasol, que picaba que era todo un primor su bestia poderosa. Y decia el invencible andante:

—¡Ea! ¡el gran Alifanfarrón de todas las Indias, emperador de Trapisonda! un solo caballero soy que á tan desigual liza te provoca!

Y apenas llegó Don Quijote al fugitivo, de tal suerte arremetió al gordo caballero, (que ni aun por eso perdió los estribos, y mas no hizo sino inclinar todo su cuerpo sobre el arzon delantero) que la lanza pasó sobre la espalda del de la mula sin causar otro daño alguno que la ruina del quitasol, bien que completa. Terminado lo cual, exclamó Don Quijote en toda la su gloria de triunfos entrambos.

—Conténtome, pues siempre fué moderada la gran victoria de esforzados caballeros, con que aquí jureis promesa de iros á la señora Dulcinea del Toboso, para que ella disponga de vos cual la viniere la gana. Y será su ordenar la mi misma ordenanza.

—Advierta su merced, dijo el gordo, como yo no soy hombre de armas, sino Don Cenón Paramisolo, honrado y pacífico vecino de cierta aldea que su merced se puede hallar con dobiar esa cercana cüestezuela.

—Por vida de todos los Quijadas, exclamó Don Quijote, donde mas largamente mi historia es contenida, y á cuándo aguardásteis vos á manifes-

tar como no sois armado caballero! ¡Esperára yo, si fuera vos, de aquí al día del juicio!

—Necesario, en toda verdad, veo ese día, dijo Don Cenón, que un tanto habia tomado el pulso á Don Quijote. Y añadió éste:

—Con todo, es fuerza me acompañeis á dó yasee aquel caído, por ser necesario hacer juicio formal de este acontecimiento inesperado. Y ved como veces muchas diablos son bolos.

—Mientras esto pasaban entrambos los señores, estaban moliéndose á puñadas y coces Sancho y el labriego de la mas natural y graciosa manera del mundo. Y era todo que el bien enterado escudero de las ordenanzas de la andante caballería, así como vió vencido y en el suelo al magullado aldeano, llegóse á el y comenzó á aflojarle buenamente con ánimo de aprovecharse de los despojos de la batalla. Defendíase valientemente el estropeado, llevando siempre su descansado adversario la ventaja en la pelea; mas en cuanto hubo de dar Sancho con la bolsa de los dineros del rústico, fué tal y tanto el heroico esfuerzo del caído, que se agarró con todas sus fuerzas de las barbas del escudero á modo y con intencion de mastin de presa; y á haberse dilatado aquella contienda no hubiera ya menester Sancho de barbero en toda su vida, larga que fuera.

—¿Qué es todo esto? preguntó Don Quijote al llegar con Don Cenón al sitio de la contienda.

—Pues, no es mas sino que este follón niégame los despojos de la batalla, y arráncame las barbas, dijo Sancho.

—Ni entro ni salgo, dijo Don Quijote; pues es asunto que á tí solo toca y pertenece. Yo dejé esto en suspenso, tú lo tomaste, tú sabrás lo que hiciste.

—¿Pues y no vé su merced, dijo Sancho en voz chillona, como este infame se cuelga de los mis pelos?

—No me es lícito mezclarme en contiendas escuderiles, ni he de me marte un solo átomo de tu gloria, respondió Don Quijote. Rey de armas en este gran campo, soy pronto á juzgar en toda justicia. Yo contaré los tajos y reveses, quites, fondos, entradas y salidas sin negar á alguno de entrambos su merecido; y declarar hé á cada cual su legítimo derecho.

—Con esa manta ya me abrigaba yo, dijo Sancho; y aquí no hay bardas de por medio.

—Pero hay leyes que guardar, dijo Don Quijote. Y así en todo negocio no debes jamás entrometer arlequin de parentesco ni de amistades contra justicias.

—Déjeme, pues, las barbas, hermano, y guarde los dineros, dijo Sancho al caído, y váyase con Dios bendito, mientras es mi aprender dos docenas de filosofías que me hagan salir airoso de todo pleito. Y hoy por tí y mañana por mí; y desnudo nací y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; y mas hay días que longanizas; y aun anda el sol por las bardas; y si todo es tal, dígoté trigo semental; y sol puesto obrero suelto.

Conque, deshecho el campo de Agramante, sucedió lo que se verá en el capítulo siguiente de esta original é inopinada historia.

Imp. de la viuda de Villanueva.